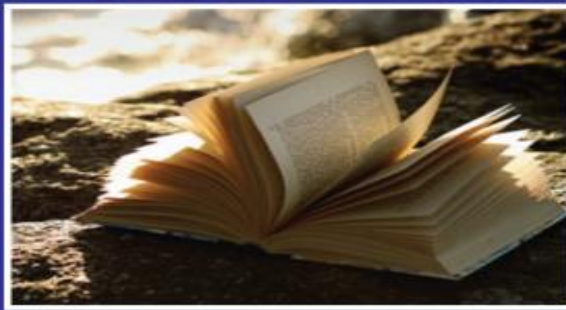


El suicidio

y otros comportamientos
autodestructivos en jóvenes universitarios
de Colombia y Puerto Rico:
acciones, interacciones
y significaciones



Jaime Alberto Carmona Parra, Diana Esperanza Carmona González,
Norma Maldonado Santiago, Carmen Rivera Lugo, Olga Lucía Fernández Arbeláez,
Sandra Constanza Cañón Buitrago, Sara Victoria Aburade Salgado,
Juan Carlos Jaramillo Estrada, Mariela Narváez Marín, Diana Carolina Fandiño Tabares,
Darilyn Vélez Pérez, Héctor José Velázquez González



CAPÍTULO 4. La investigación del suicidio desde el interaccionismo simbólico: consideraciones metodológicas, éticas y políticas La investigación del suicidio desde el interaccionismo simbólico: consideraciones metodológicas, éticas y políticas

Modelo de citación

Carmona Parra, J. A., Fandiño Tabares, D. C. y Cañón Buitrago, S.C. (2017). La investigación del suicidio desde el interaccionismo simbólico: consideraciones metodológicas, éticas y políticas. En J.A., Carmona, et al. (Comp.). *El suicidio y otros comportamientos autodestructivos en jóvenes universitarios en Colombia y Puerto Rico: acciones interacciones y significaciones*. (pp. 69-83). Manizales: Universidad de Manizales.

4. La investigación del suicidio desde el interaccionismo simbólico: consideraciones metodológicas, éticas y políticas

Jaime Alberto Carmona Parra
Diana Carolina Fandiño Tabares
Sandra Constanza Cañón Buitrago

Antes de describir las poblaciones, procedimientos, instrumentos y el diseño metodológico en su conjunto, consideramos necesario mostrar de qué manera las consideraciones filosóficas, epistemológicas, ontológicas y teóricas del interaccionismo simbólico se traducen en decisiones técnicas y metodológicas para generar la información y analizar los datos.

4.1 Consecuencias metodológicas del presupuesto interaccionista de la subjetividad

En el proceso de observación y análisis del material recopilado en el trabajo de campo se pudo constatar que, ante la pregunta por las acciones, interacciones y significaciones relacionadas con los comportamientos autodestructivos o con la protección frente a estos, los jóvenes universitarios no se limitaban a ofrecer

respuestas únicas o simples; en la mayoría de los casos las respuestas aportaban narrativas breves donde aparecían múltiples elementos.

La estructura de las narrativas podría asemejarse al cuento del escritor latinoamericano Julio Cortázar (1951) titulado Carta a una señorita en París: “Esta carta se la envió a causa de los conejitos... y porque me gusta escribir cartas, y tal vez porque llueve” (Cortázar, 2007, p. 511). Veamos un ejemplo: “... Creo que mi infancia mezclada un poco con lo que vivía en ese momento, no había pasado a la universidad, me sentía solo y no me interesaba nada realmente”.

En otros casos, los jóvenes no ofrecieron este tipo de *collage* de motivaciones simultáneas pero, en distintos momentos de una misma entrevista o de diferentes entrevistas -u otro tipo de instrumentos-, aportaron distintas respuestas, algunas de ellas contradictorias.

El interaccionismo simbólico nos aporta una visión de la subjetividad como un proceso dialéctico de autointeracciones, emergente de los procesos de interacción. En virtud de dicha concepción, el carácter plural y contradictorio de las respuestas de los jóvenes no hay que asumirlo como un problema o como una anomalía a resolver, sino como la expresión de un fenómeno presente en mayor o menor medida en todo ser humano, pero más acentuado en la subjetividad de los jóvenes y los niños.

Este presupuesto ontológico que nos muestra al ser humano como una estructura de autointeracciones sugirió evitar la tentación de buscar respuestas únicas, simples y claras ante la pregunta por las acciones, las interacciones y las significaciones asociadas a los comportamientos autodestructivos e, igualmente, escuchar las voces múltiples en las que se expresaban los procesos de interacción y de autointeracción (Blumer, 1969/1982) que estaban en la base de ellas.

4.2 El lugar de la fantasía y el deseo en la subjetividad y en el diseño metodológico

Algunas narrativas de nuestros jóvenes en torno a las acciones o eventos asociados a sus comportamientos autodestructivos sugerían la pregunta sobre la mezcla de relatos de recuerdos de hechos con fantasías. Esto planteó la pregunta ¿cómo resolver esto metodológicamente? Para ello nos apoyamos en la valiosa

indicación de Juan Zarco (2004) en el *Estudio Introdutorio a El Campesino Polaco en Europa y América*, sobre la facticidad y verosimilitud del material que aportan los informantes en una investigación cualitativa:

Podría haber, y hay, dudas acerca de la objetividad y veracidad del registro [se refiere a un testimonio autobiográfico de un delincuente], pero incluso el más subjetivo de los testimonios es valioso para el estudio del comportamiento. Un documento elaborado por uno mismo tratando de compensar un sentimiento de inferioridad o elaborando un engaño para no ser perseguido está lo más alejado posible de la realidad objetiva, pero la visión de la situación del sujeto, como él la contempla, podría ser el elemento más importante para la interpretación. Su comportamiento inmediato está estrechamente relacionado con su definición de la situación, la cual puede ser en términos de realidad objetiva o en términos de apreciación subjetiva –“como si” fuera así”. (Thomas y Swaine, citados por Zarco en, 1918/2004, p. 54).

Zarco, sin duda, tiene como referente el “Teorema de Thomas” (1923), según el cual, “si los hombres definen las situaciones como reales, éstas son reales en sus consecuencias” (Thomas y Znaniecki, 2004, p. 54). Se trata de un principio fundamental que permite otra mirada sobre la realidad simbólica construida donde habitamos los seres humanos. Este principio y esta visión de la realidad humana como construcción social (Berger y Luckmann, 1961) sugiere tener en cuenta el papel de la fantasía como elemento constitutivo de la subjetividad humana que influye en la percepción y en el recuerdo.

4.3 La realidad construida como solución dialéctica al dilema entre la realidad objetiva y subjetiva

Otra pregunta que sugirió una respuesta metodológica se refiere a las implicaciones de trabajar con el recuerdo de acontecimientos ocurridos varias semanas o varios meses antes de la aplicación de los instrumentos. Nuevamente la teoría permitió encontrar una solución metodológica en sentido de privilegiar la realidad construida sobre la realidad objetiva.

El presupuesto ontológico interaccionista de un actor social activo, que en sus interacciones construye y reconstruye permanentemente su hábitat simbólico y que en

este proceso siempre pone en juego sus fantasías, deseos y expectativas, influye en las narrativas de cualquier actor social sobre acciones, interacciones y significaciones, mucho más si estas se refieren a tópicos como los comportamientos autodestructivos a menudo muy cargados de ambivalencias y conflictos. Blumer plantea que el significado “no es algo intrínseco del objeto, sino que depende del modo en que una persona se dispone a actuar con respecto al mismo” (1982, p. 51). Para el autor, los recuerdos entrarían en la categoría de objetos abstractos, como las ideas, los ideales y ciertos símbolos sociales. Es decir, el ser humano realiza un proceso inevitable de interpretación de sus recuerdos, en función de las necesidades, deseos, fantasías y las circunstancias vinculares en las que estos se ponen en juego. Y, dicha interpretación “se convierte en un proceso de manipulación de significados. El agente selecciona, verifica, elimina, reagrupa, y transforma los significados al tenor de la situación en la que se halla inmerso y de la dirección de su acto” (Blumer, 1982, p. 4).

Ante la dicotomía positivista entre una “realidad objetiva” y una “realidad subjetiva” la perspectiva interaccionista propone como solución dialéctica una “realidad construida”, que es otra manera de decir una “situación definida socialmente”, que no puede ser sino un universo simbólico. De esto se deriva una consecuencia metodológica fundamental, a saber, que para la comprensión de los fenómenos humanos la obsesión detectivesca por la verdad empírica puede ser de una gran utilidad en el ámbito jurídico pero no es aconsejable en la interpretación y comprensión del comportamiento humano individual y colectivo.

4.4 Las implicaciones metodológicas del *homo ludens* en los procesos investigativos

George Mead construye una perspectiva de la constitución y el desarrollo de la subjetividad humana en torno al juego. El autor apela a dos vocablos de la lengua inglesa: el *play* que sería la versión más general del juego, y el *game* que se refiere al juego organizado conforme a unas reglas, es decir, regidos por un texto que define los alcances y limitaciones dentro de los cuales se mueven los actores del juego. Según el autor, el paso del “*play*” al “*game*” constituye el paso decisivo en el proceso de socialización y el juego se convierte no solamente en el paradigma para comprender el proceso de socialización, sino también en el elemento clave para comprender las interacciones sociales descritas por el autor como “juegos de roles”. Desde esta

perspectiva se podría decir que Mead concibe al ser humano como un *homo ludens*: un ser que juega (juegos de roles).

Esta definición del ser humano, como un ser que juega, es mucho más radical en los jóvenes, los adolescentes y los niños. Digamos que jugando a ser, los seres humanos llegamos a ser. Todos los que somos padres y profesores, algún día jugamos a ser papás y maestros. Nuestros jóvenes juegan con el amor, la sexualidad, las sustancias psicoactivas y por supuesto, también, con sus vidas.

Por ello, en el diseño metodológico de una investigación sobre el suicidio en jóvenes, no se puede perder de vista esta condición fundamentalmente lúdica del joven en varios aspectos. Al primero de ellos lo podríamos llamar “juegos peligrosos” que atraen de una manera particular a ciertos jóvenes. Estos van desde los llamados “piques” o competencias en vehículos o motocicletas a altas horas de la noche por autopistas y avenidas, pasando por las sobredosis con licor y otras sustancias tóxicas, los juegos con la sexualidad sin medidas de protección, hasta las diversas pujas o retos para incurrir en excesos o faltas que ponen en riesgo su integridad de muy diversas formas. Ciertos juegos que aparecen cada tanto en las redes sociales con diferentes nombres, y que funcionan bajo la estructura de una serie de retos relacionados con excesos, transgresiones y acciones autodestructivas, potencializan esta vocación humana hacia el juego, con eventuales consecuencias fatales.

La enseñanza metodológica derivada de esta reflexión es que en el análisis de la información generada sobre las acciones autodestructivas de un niño o un joven universitario tampoco debemos apresurarnos a establecer separaciones tajantes entre aquellas que fueron un “accidente” producto del juego, es decir que no se trató de un intento de suicidio, o un suicidio en el que el chico o la chica hubieran pensado seriamente en suicidarse, y aquellos otros en los que los muchachos sí iban en serio. Empecinarse en hacer este tipo de distinciones evidencia un desconocimiento de la naturaleza de la subjetividad juvenil e infantil, cuyas fronteras entre la vida y el juego no son tan tajantes como en algunos adultos.

4.5 Implicaciones del presupuesto ontológico en la metodología y la presentación de los resultados

Las respuestas diversas y contrapuestas, presentes en los relatos de los actores sociales según el contexto discursivo (fenómeno mencionado más arriba), pueden

sugerir un relativismo radical en la investigación de un fenómeno como éste. Pero veremos que orientan sobre la manera de construir las preguntas e interpretar las respuestas.

La primera enseñanza de estos hechos mencionados consiste en que al indagar un fenómeno como los comportamientos autodestructivos en los jóvenes no se puede aspirar a construir tablas unicasuales, y que cuando ellas aparecen debemos sospechar del rigor de la investigación. La realidad de un comportamiento como el suicidio, el intento de suicidio y las ideaciones suicidas, raramente admite explicaciones tan simples como la reducción a acciones, interacciones y significaciones únicas. La segunda enseñanza consiste en que tampoco se puede pretender ponderar en cada caso el peso de las narrativas expuestas para determinar cuál es la “fundamental”.

Sin embargo, sí es posible tomar los argumentos expuestos por los jóvenes en su conjunto y organizarlos en categorías surgidas de la observación y análisis del mismo material y, con estas categorías, construir tablas que faciliten apreciar los porcentajes de aparición de argumentos ubicados dentro de una categoría o un grupo de ellas. Esto permite situar, no a nivel individual, pero sí a nivel colectivo, las tipologías de narrativas más frecuentes y ver cuáles aparecen en una mayor variedad de casos.

Pero, cabría añadir todavía otro comentario sobre las narrativas múltiples y a veces contradictorias de nuestros jóvenes con relación a sus acciones, interacciones y significaciones, asociadas a los comportamientos autodestructivos. Desde una lógica simple, se tendrá la tentación de elegir, entre dos narrativas contradictorias, una de ellas y descartar la otra; pero una lógica más compleja invita a no tomar partido ni apresurarse a intentar jerarquizarlas. En esta decisión metodológica se pone en juego nada menos que la perspectiva ontológica del investigador sobre la subjetividad humana. Si dicha perspectiva es esencialista, la opción del investigador será tratar de situar una causa o razón última consistente y libre de contradicciones; por el contrario, si se parte de un presupuesto interaccionista se admitirá la coexistencia de narrativas contradictorias entre sí y se analizará la tensión entre ellas, y se tratará de indagar en las narrativas el papel de la definición de la situación en la que emergió el comportamiento autodestructivo.

4.6. La “definición de la situación investigativa”: el investigador investigado

Otra consideración técnica sería la “Definición de la situación investigativa” y la manera como cada joven interpreta el rol de ser participante de un proceso de investigación sobre un tema como los comportamientos autodestructivos. Sheldon Stryker plantea que este tema ya ha sido objeto de discusiones metodológicas en la literatura interaccionista:

Entre los elementos con que jugaban algunos psicólogos sociales (puede que tuvieran antecedentes sociológicos; no lo sé exactamente), estaba la noción de “rol del sujeto del experimento” (*role of “experimental subject”*), que se definía por la expectativa consistente en dar al encuestador lo que éste pareciese desear. Por consiguiente, la idea que el entrevistador y los sujetos entrevistados están inmersos en una relación social sujeta a normas, o la de que los distintos actos y verbalizaciones del entrevistador pueden ocultar órdenes sobre las respuestas que debe dar el entrevistado, órdenes que exigen su cumplimiento al menos parcial, y la idea de que esta sugestión debida al entrevistador se puede utilizar en el análisis de los resultados como explicación alternativa a una teoría del experimentador (*experimenter’s theory*) todas ellas son ideas que tienen bastantes precedentes. (Stryker, 1981, p. 44).

De esta reflexión se desprende que el proceso de investigación es también, en sí mismo, una situación definida, un juego de roles y una construcción social, en la que tanto el equipo de investigación como los jóvenes universitarios sociales activos, con capacidad de agencia, y en cada encuentro cara a cara, ponen en juego sus expectativas, deseos y fantasías e imprimen su propio sello a la información que se genera en cada uno de los instrumentos. Esta observación no debe conducirnos a una especie de nihilismo metodológico, ni a un relativismo radical, sino invitarnos a renunciar de antemano a una pretendida pureza de la información generada y a tener en cuenta esta condición activa de los actores sociales como consustancial al proceso de investigación. En otras palabras, se trata de reconocer que todo investigador es un sujeto situado y que, para comprender más cabalmente el proceso investigativo, es menester incluir en el análisis la definición de su situación.

Pero quizás el aporte más importante del interaccionismo simbólico, para la metodología de la investigación del comportamiento individual y colectivo de niños y

jóvenes, reside en la concepción de la subjetividad como emergente de la interacción. En virtud de ello el interés investigativo no se orientará tanto a la indagación por las disposiciones previas (patologías, traumas, complejos, esquemas maladaptativos, trastornos de personalidad) para explicar dichas acciones, sino en los contextos simbólicos en los que emergen las acciones, interacciones y significaciones asociadas a dichos comportamientos.

Más allá de lo señalado sobre las distintas versiones de un joven sobre un comportamiento autodestructivo propio o de un compañero, según el momento, el instrumento y el agente que realiza la entrevista, una consecuencia que se puede derivar de esta condición multidimensional y emergente de la subjetividad humana es que los instrumentos técnicos deben favorecer el despliegue de las múltiples narrativas, en lugar de escamotearlas para favorecer una visión unidimensional.

La consecuencia metodológica de estas consideraciones es la importancia de aportar elementos suficientes de la definición de la situación investigativa, especialmente en lo referente a la filiación institucional del equipo de investigadores, su trayectoria y los motivos que los llevaron a formular el proyecto y procurar construir unos instrumentos que favorecieran la aparición de diversas narrativas. Como ya lo habrá podido advertir el lector, en la comprensión de los fenómenos sociales como el suicidio y los comportamientos autodestructivos, el interaccionismo simbólico no está del lado de las explicaciones deterministas, monofactoriales o de la construcción de perfiles únicos.

En el texto “Internados”, Erving Goffman nos muestra cómo los internos del Hospital Sta. Elizabeth de Washington construían una historia “conveniente” para explicar su presencia allí, de acuerdo con la índole de su interlocutor (2001, p. 154). En nuestra investigación se pudo constatar que de una manera espontánea, de acuerdo con el instrumento, el interlocutor y la situación, los jóvenes construían diversas narrativas sobre una misma acción autodestructiva propia o de un compañero cercano.

4.7 Consecuencias metodológicas de las tres premisas básicas del interaccionismo simbólico

Las tres premisas básicas propuestas por Herbert Blumer en su texto *interaccionismo simbólico, Perspectiva y Método* (1982), son un referente fundamental que orientaron el análisis de la información generada en este proceso de investigación,

y en particular a la categoría de “significaciones”. Contrario a la visión predominante en algunos profesionales del campo de la salud mental, quienes sostienen que el suicidio se asocia fundamentalmente a la falta de sentido, las narrativas que emergieron en esta investigación muestran la diversidad, la riqueza y la complejidad de sentidos imbricados con los comportamientos autodestructivos de los estudiantes.

En su primera premisa, Blumer plantea que cada actor social se relaciona con el mundo y con los objetos, de acuerdo con lo que significan para él. Esto aplica tanto para objetos físicos como para ideas como la muerte. Para algunos actores sociales, el suicidio es algo horroroso; para otros puede representar una salida o un alivio a una situación insoportable; para otros puede ser un objeto de juego fascinante, y habrá también aquellos que construyan en torno a éste una apología y una visión idealizada carga-da de elementos estéticos.

La segunda premisa propuesta por Blumer plantea que los significados son construcciones sociales, a lo cual se podría agregar que, por ello mismo, son también históricos. Esto se trató respecto a los grandes pensadores, en el capítulo sobre los cuatro momentos de la reflexión sobre el suicidio en el pensamiento occidental. Aquí agregamos que un rasgo de nuestra época actual es la banalización de la vida y la muerte, lo cual crea unas condiciones más favorables para que el suicidio se convierta en un objeto de juego para los jóvenes. Sobre este telón de fondo social, cada uno de nuestros jóvenes universitarios construye su propia visión del suicidio en el contexto de sus vínculos en sus diferentes contextos de interacción. En virtud de ello, en una misma aula de clase de una universidad del siglo XXI, comparten subjetividades posmodernas que exaltan la condición efímera de la existencia y hacen un elogio del suicidio, subjetividades modernas que insisten en sostener un proyecto de vida articulado al sentido que les provee un gran relato como el progreso, la ciencia, la familia etc., para los cuales el suicidio puede sobrevenir frente a una crisis o quiebra de su respectivo relato o su lugar en él; o subjetividades premodernas que consideran el cuerpo como un recinto sagrado habitado por Dios, que no les pertenece, ante lo cual el suicidio es una falta grave a su relación con el Creador.

La tercera premisa del interaccionismo simbólico plantea que cada actor social manipula estos significados que ha construido con los otros en sus procesos de interacción, en función de sus intereses, sus necesidades, sus deseos y sus circunstancias. Así el suicidio puede ser usado por un actor social como un recurso desesperado para escribir una marca indeleble en la historia de otro significativo que

insiste en negarle el lugar que le corresponde en su vida; como un gesto de amor frente a su causa o ante los otros para los cuales se considera una carga; la expresión de su radical autodeterminación y su desprecio por la vida, por el mundo y por los otros; o bien una construcción estética cargada de simbolismo y de sentido.

Pero, más allá de los aportes del interaccionismo simbólico para la investigación del fenómeno, también puede servir para reflexionar sobre el mismo proceso investigativo y particularmente sobre su componente metodológico, lo que interesa en este apartado. Si se es consecuente, se tendría que admitir que la manera como cada investigador orienta su esfuerzo investigativo hacia el fenómeno, dependerá del significado que tiene para él los jóvenes que realizan acciones autodestructivas: enfermos que se deben diagnosticar y tratar; o bien productos de las determinaciones sociales que reflejan con su acto la descomposición de la sociedad, o bien conciencias soberanas que deciden de una manera libre sobre su vida o su muerte (primera premisa), que, a su vez, ese significado será una construcción social relacionada con sus contextos de interacción. En esto los efectos de la filiación disciplinar son elocuentes; es notoria la diferencia entre los psiquiatras y psicólogos clínicos que se inclinan a las explicaciones relativas a las determinaciones genéticas y psicopatológicas; los sociólogos y los antropólogos que ponen el acento en los complejos culturales y las interacciones sociales; y los filósofos, afines al pensamiento de Emile Cioran, que reivindican y elogian las acciones suicidas (segunda premisa). Y, finalmente, que el investigador inevitablemente transforma y recrea ese significado en función de ciertas finalidades que pueden ser más o menos expresas o ignoradas, incluso de buena fe, hasta por el mismo investigador (tercera premisa). Cabe citar lo que dice Stryker al respecto:

Cualquier investigación impone necesariamente, y sin remedio, las premisas y conceptos teóricos del científico social; y por este camino modifica el comportamiento sometido a examen y conduce a “descubrimientos” que reflejan las premisas y conceptos del investigador más que las de los sujetos sometidos a examen, distorsionando la realidad de la experiencia de estos sujetos. Debe abordarse la investigación sin prejuicios, de forma que se puedan asimilar los métodos que la gente utiliza para poner orden en sus propios universos fenomenológicos (1981, p. 32).

4.8 Ver el fenómeno del suicidio desde el punto de vista de los actores sociales

Por ello el rasgo más definido de una investigación, realizada desde esta perspectiva teórico-metodológica, consiste en su capacidad de contemplar el fenómeno desde el punto de vista de los actores sociales y dar cuenta de la manera como éstos interpretan las situaciones en las que se despliegan sus trayectorias vitales y las acciones individuales y colectivas que construyen en función de dichas interpretaciones.

Esta posición del interaccionismo simbólico frente al significado de un fenómeno como el suicidio implica que ningún actor social, ni siquiera las comunidades científicas, podrían pretender poseer el significado auténtico del fenómeno. Todos los actores sociales, individual y colectivamente construyen sus interpretaciones, cada una de ellas construye sus mecanismos de legitimación y su valor de verdad en su respectivo contexto social dependerá de los criterios que rigen en el universo simbólico hegemónico de la comunidad.

Por otra parte, las ideas de agenciamiento, reflexividad y la visión del ser humano como un habitante activo de un universo simbólico, necesariamente sugieren que no existe un uso del significado del suicidio, ni de ningún otro significado, por los actores sociales, por modestos que sean, que no implique una transformación del mismo, ya que una interpretación es una versión, no una réplica, es decir, una recreación que transforma el significado y le introduce algún elemento nuevo. Esta visión del ser humano como un ser que interpreta, implica concebirlo como un hermeneuta que no puede dejar de transformar la realidad simbólica que habita. En términos de la ilusión de objetividad a la que se hacía referencia, los seres humanos, por su misma condición de hermeneutas, no podrían reproducir fielmente un significado recibido, aunque quisieran, ya que su misma vocación de intérpretes los convierte en transformadores simbólicos, aún a su pesar.

Este planteamiento, asumido en toda su radicalidad, lleva a un análisis de los significados sociales en clave política, de lo cual no estarían exentas las comunidades científicas. Todo lo contrario: desde esta visión, la ciencia sería un dispositivo generador de significados que en nuestra sociedad posee mecanismos de legitimación, mediante los cuales impone su valor de verdad.

Por ello las preguntas radicales planteadas desde esta perspectiva al enfoque metodológico de una investigación sobre el suicidio, o cualquier otro fenómeno social,

no es si contribuye a desentrañar o develar su significado “objetivo”, real o último (ya que se parte de que cualquier significado es una construcción y no existen tales cosas como significados objetivos, reales o últimos). Las preguntas radicales se orientarían en la perspectiva de establecer si hay un significado previo del suicidio por parte del equipo de investigación que rige la construcción de la metodología, o si se trata de un diseño orientado a conocer los significados que construyen los actores sociales; cuál es el contexto académico y social en el que los investigadores sociales han construido sus significados sobre el suicidio, y en qué medida se impone políticamente sobre los significados de los actores sociales o se transforma en la relación con estos en un proceso de negociación política, y finalmente cuáles son los intereses, fantasías y deseos que agencian los investigadores de una manera consciente y asumida o, incluso desconocida hasta para ellos mismos y que aún en su condición de desconocida gobierna el proceso investigativo y determina sus resultados. En otras palabras, los investigadores no están por encima de lo que se plantea para el resto del conjunto social: son habitantes de situaciones definidas, actores que desempeñan un rol en un contexto de interacción, estructurado como juego de lenguaje, constructores con otros de realidades sociales en dinámicas cargadas de sentido político, como lo constata Jiménez Burillo (1981, citado por Munné, 1989). “Toda la literatura sobre psicología de la experimentación (efectos Orne y Rosenthal, principalmente) vienen a demostrar la plausibilidad de las propuestas interaccionistas, ya que los sujetos, incluidos, los investigadores, se comportan según sus definiciones respectivas de la situación” (p. 304).

Si entendemos que la ciencia es un dispositivo social de producción de significado, y que aún las comunidades científicas se pueden pensar como campos de lucha política entre diferentes significados de los fenómenos, es posible desplazar la discusión sobre la objetividad y el rigor de las investigaciones a otro terreno, en el que cada equipo de investigación, después de explicitar la definición de su situación investigativa en los términos señalados más arriba, podrá también reclamar su propio estatuto de legitimidad, incluso de rigor metodológico, sin que sus resultados deban coincidir con los de otras investigaciones realizadas desde otros enfoques, así se trabaje sobre la misma problemática y con la misma población.

4.9 Consideraciones políticas

Las reflexiones previas sobre la dimensión política de los significados sociales permiten abordar otra pregunta: cuál es el valor político de una investigación desde el interaccionismo simbólico sobre los comportamientos autodestructivos de los jóvenes universitarios, que se propone abordar el fenómeno desde la perspectiva de los mismos agentes o actores sociales. La respuesta ya ha sido mencionada de diferentes formas: un diagnóstico del fenómeno orientado a su prevención e intervención, que pretenda empoderar a los agentes sociales como actores activos y responsables, capaces de ser ellos mismos los líderes del proceso, tiene que partir de una investigación que conciba y aborde estos actores como tales desde la formulación misma del proyecto de investigación. El elemento político remite en este caso al significado de los jóvenes participantes en la definición de la situación investigativa y las consecuencias de este significado para la ecuación de poder derivada de la investigación, especialmente para efectos de la propuesta de acción que desprenda de ésta.

En otras palabras, un proyecto de prevención y actuación psicosocial de los comportamientos autodestructivos que no cuente con las significaciones que intervienen en la construcción de las acciones suicidas y parasuicidas de los jóvenes, se priva de una herramienta fundamental para construir estrategias eficaces capaces de prevenirlas. Esta perspectiva los interpela en tanto que actores sociales activos, capaces de devenir protagónicos en la tarea de cuidar su propia vida y la de sus compañeros. Es una propuesta que toma una distancia crítica de otras visiones del suicidio y de comportamientos autodestructivos que patologizan o victimizan a los jóvenes que presentan ideaciones suicidas, realizan intentos de suicidio o consuman el acto suicida.

Estas consideraciones metodológicas, técnicas y políticas tienen como telón de fondo la concepción de la metodología en el interaccionismo simbólico, como algo que “abarca todo el campo del acto científico, sin omitir las premisas iniciales ni la totalidad de las etapas de procedimiento comprendidas en dicho acto” (Blumer, 1982, p. 18). En otras palabras, el método no se entiende como un conjunto de herramientas neutras, sino una pieza de un engranaje profundamente articulado con los presupuestos ontológicos, los campos epistemológicos, los presupuestos teóricos y las implicaciones políticas del acto investigativo. Todo esto es el contexto de lo que podríamos denominar “definición de la situación investigativa” parafraseando a Thomas y

Znaniecki (2004), es decir, las significaciones, adjudicación y asunción de roles, de acuerdo con la dirección del acto investigativo.

4.10 Población, muestra, instrumentos, procesamiento de la información y consideraciones éticas

En la fase de la investigación que originó esta publicación participaron 75 estudiantes colombianos de 17 claustros universitarios ubicados en cinco ciudades, y 63 estudiantes de Puerto Rico, de tres claustros universitarios de igual número de localidades de la Isla. Los criterios de inclusión fueron:

- Haber cumplido la mayoría de edad antes del primero de enero del año en que se aplicó el instrumento
- Haber leído y firmado el consentimiento informado
- Cumplir con una o varias de las siguientes condiciones: haber realizado un intento de suicidio en el último año, haber presentado ideaciones suicidas en el último año, haber conocido de cerca un caso de un suicidio consumado de un estudiante universitario en el último año o haber tenido conocimiento cercano de un caso de intento de suicidio de un estudiante universitario en el último año.
- Finalmente, aceptar ser contactados por los servicios de bienestar universitario de sus respectivas instituciones para recibir apoyo profesional durante el desarrollo del proyecto de investigación.

La descripción más detallada de la muestra aparece en el respectivo capítulo de resultados de cada país.

Los estudiantes participantes en esta fase de la investigación diligenciaron un instrumento de preguntas abiertas orientadas a las acciones, las interacciones y las significaciones asociadas con el comportamiento auto-destructivo en cuestión (suicidio consumado o intento de suicidio de otro estudiante cercano e intento de suicidio o ideaciones suicidas propias). Al final del instrumento se preguntaba sobre el papel de la universidad en los comportamientos autodestructivos en cuestión.

A cada uno de los cuatro grupos se aplicó una versión del instrumento con los mismos tópicos y algunas variaciones, en función de su relación de agente directo o testigo cercano del comportamiento autodestructivo de otro compañero. Por ejemplo, a los agentes directos de los intentos de suicidio y de las ideaciones suicidas se les preguntó, en una segunda sección del instrumento, por las acciones, interacciones y significaciones que les ayudaron a afirmarse en la vida y seguir viviendo, y sobre el papel de la universidad en ello; a las otras dos poblaciones de testigos de comportamientos autodestructivos de otros compañeros no se les formularon esas preguntas. La última pregunta de las cuatro versiones del instrumento se refería a lo que habían sentido al diligenciarlo y lo que estaban pensando en ese momento. El instrumento fue validado por dos expertos en investigación e intervención del fenómeno del suicidio y aprobado por los comités de ética de las dos universidades que en ese momento coordinaban el proceso de investigación.

Luego se seleccionaron dos estudiantes, uno de cada sexo, en cada una de las localidades de cada país, diez en Colombia y seis en Puerto Rico, con los cuales se realizaron entrevistas semiestructuradas. En algunos casos se realizó una sola entrevista, en otros dos o más entrevistas de acuerdo con el criterio del equipo investigador. Todas las entrevistas fueron realizadas profesionales en psicología, con conocimientos en el tema del suicidio y experiencia de varios años en intervención clínica.

En el procesamiento de la información se organizaron las narrativas en función de su relación directa con las tres categorías centrales de la investigación: acciones, interacciones y significaciones en dos grandes secciones: la primera de ella referida a los suicidios consumados, intentos de suicidio e ideaciones suicidas, y la segunda referida a la afirmación de la vida y al deseo de seguir viviendo. En ambas secciones se organizaron en un grupo especial las narrativas relacionadas con el papel de la universidad.

Se realizó un proceso cuidadoso de lectura de las narrativas, del cual surgieron las categorías que dieron lugar a la organización de la información tal como se presenta en las tablas.

Como dato significativo, vale la pena mencionar las expresiones de alivio y bienestar que manifestaron la mayoría de los estudiantes en la pregunta final respecto a cómo se habían sentido al diligenciar el instrumento y qué estaban pensando. Estas respuestas se mencionan y comentan en los apartados de los resultados.

Referencias

- Berger, P. & Luckmann, T. (1986). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Blumer, H. (1982). *El Interaccionismo Simbólico, Perspectiva y Método*. Barcelona: Hora.
- Cortázar, J. (2014). Carta a una señorita en París. En J. Cortázar, *Bestiario*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Munne, F. (1999). Constructivismo, Construccinismo y Complejidad: la Debilidad de la Crítica en la Psicología Construccional. *Revista de Psicología Social*, 14(2/3), 131–144.
- Stryker, S. (1981). Tendencias teóricas de la Psicología Social. Hacia una Psicología Social interdisciplinar. En F. Munné, *Perspectivas y contextos de la Psicología Social*. Barcelona: Hispanoeuropea.
- Thomas, W. & Swaine, D. (1928). *Child in América*. New York: Alfred A. Knopf.
- Zarco, J. (2004). Estudio Introductorio. En Thomas y Znaniecki, *el campesino polaco en Europa y América*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, CIS.